

El espacio de restitución holística

La sesión de psicomotricidad es un camino de acompañamiento del niño, que pasa por la reafirmación del placer físico, la simbolización gestual y el acceso al lenguaje. Hasta ahora el cuerpo en movimiento ha sido el principal protagonista que se recreó y se re-afirmó, posibilitando la puesta en marcha de operaciones mentales, éstas en dos dimensiones, como una cuadrícula cuyos puntos de referencia han sido las palabras.

Esta última aventura, también descrita por los psicoanalistas, empieza por el desarrollo del lenguaje asociativo. Las operaciones mentales del niño no tienen todavía acceso al razonamiento lógico.

El lenguaje asociativo da lugar a un mundo aproximativo, a menudo lleno de poesía dónde la magia sirve todavía de explicación al “porqué” de lo que ocurre a su alrededor.

El niño hasta aquí, se muestra en general muy orgulloso de acceder a unas herramientas que lo introducen al mundo sobrealimentado por él, de los adultos. Tan grande es su afán de “hacerse mayor” que no repara en el precio inconsciente que empieza a pagar para alcanzar su sueño.

En efecto, cada palabra nueva que aprenderá para nombrar lo que le rodea, se sustituirá paulatinamente a la “cosa vivida”. Se irá instalando una fractura -una distanciaci3n afectiva- que se llenará poco a poco con una angustia de separaci3n del mundo del cual,

un momento antes, sentía que formaba parte. Dicho de otro modo, el “oh!” maravillado del niño pasará al “¿y qué?” aburrido del adulto.

Si no prestamos atenci3n a este fenómeno a tiempo, si le negamos un espacio y un momento especial al final de la sesi3n de psicomotricidad, esto formará un nuevo problema más tarde. El crecimiento individual se sentirá como soledad acompañada de indiferencia aburrida -especialmente hacia el quehacer escolar- en general totalmente desligado de las motivaciones profundas del niño.

Lo que movemos, en este espacio es el inconsciente del niño. Aquí existe una dificultad para seguir adelante, ya que Lacan, en el que nos hemos apoyado mucho para trabajar, intentó cerrar la puerta detrás de él al afirmar que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”. Esta fórmula lapidaria, dejó fuera las aportaciones de otras culturas a través de siglos de práctica. Piensa el dibujo de las operaciones mentales como una línea recta apuntando el infinito, cuando en realidad, se trata de una espiral que vuelve sobre sí mismo para arrancar de nuevo desde un punto más alto: el de la integraci3n y de la regeneraci3n. Por este motivo lo he llamado el espacio de “restituci3n holística”, aunque otros pensadores en otras circunstancias le

Simone Brageot

Maestra y
Psicomotricista

hayan dado el nombre de “meditación laica” (Agustín Paniker). Es un momento de tensión psíquica que excluye el sueño, en el cual dejan de existir las manifestaciones fantasmáticas del pensamiento y de la memoria, centrados sobre un punto que puede ser exterior (por ejemplo los números que desfilan como expliqué en la revista nº 25, p.25) o sobre un punto del cuerpo concreto, o (en los adultos) sobre el desfile de los pensamientos que se reconocen como objetos sin fundamentos de la realidad, cuyo curso hay que abandonar reiteradamente. Debemos mantener en este espacio el estar en el aquí y ahora que se trabajó en la sesión de psicomotricidad, a través del movimiento físico.

Por esto mismo, pienso que el espacio de “restitución holística forma parte integrante de la sesión de psicomotricidad, que concluye de manera armoniosa y natural de manera evidente.

**A modo de ampliación.
Sobre el “espacio-tiempo” de la
“restitución holística”.**

Este nuevo espacio merece una atención especial, ya que tocamos con el dedo una zona silenciosa y oscura que existe en nuestro cerebro como existen en el cosmos donde nos estamos familiarizando con lo que llamamos “materia negra” y “agujeros negros”. Son espacios que sólo conocemos a través de los efectos que generan a su alrededor. No los podemos captar directamente pero sabemos a ciencia cierta que existen y que cumplen seguramente una actividad creativa y regeneradora (por lo que leí últimamente en la prensa).

En nuestro cerebro, desde decenas de siglos, culturas orientales -y haré referencia

al budismo Zen porque lo conozco especialmente de manera teórico-práctico cultivan la familiaridad con esta zona oscura y quieta que se describe en el “Sutra del Diamante” como “el vacío son las formas y las formas son el vacío” Una descripción que nos da de pensar y que en nuestra cultura, dicho de esta manera pone un velo aún más espeso sobre su significado.

Sin embargo me surge, para ambos acercamientos -el occidental a través de la astronomía y el oriental a través de una práctica tenaz- una imagen que nos es más familiar la de una matriz oscura cuya vacuidad no es estéril, sino que está impregnada de todas las posibilidades de creación. Esta parte derecha de nuestro cerebro (Douglas Harding) nos muestra como funciona, captando la realidad de manera global por “flashes” que no podemos controlar ni dividir como lo hace el otro hemisferio que, al contrario, reconstituye la imagen de la realidad a base de trocitos juntados como las piezas de un puzle. Durante la meditación, los budistas insisten en que esto ocurre sin esfuerzo “naturalmente, automáticamente”.

A este fenómeno, nuestra cultura le ha dado el nombre de “intuición” -sin lograr conocerla a través de una práctica- mientras que los budistas hablan de “pensar a través del cuerpo” e incluso de “pensar sin cabeza”.

Se perfila también como una matriz impregnada que sabemos, por otra parte, capaz de regenerar la conducta humana (ver artículo anterior) como la estrella de mar es capaz de regenerar su pata cortada.

La intuición sin embargo se puede nutrir de las aportaciones del otro hemisferio, solo si está convenientemente trabajada por el silencio de la meditación (silencio no solamente auditivo, sino, y sobre todo,

Sin embargo me surge, para ambos acercamientos -el occidental a través de la astronomía y el oriental a través de una práctica tenaz- una imagen que nos es más familiar la de una matriz oscura cuya vacuidad no es estéril, sino que está impregnada de todas las posibilidades de creación.

de pensamiento). “Sin objeto” dice el Zen, en un abandono total de deseos proyectos metas conocimientos, voluntad y ensueños. Es una paradoja difícil de aceptar, excepto a nivel de nuestros pequeños alumnos que penetran con entusiasmo en este espacio-tiempo” (el espacio se ha reducido a su cuerpo, y el tiempo es el aquí y el ahora -le temps suspendu- (el tiempo suspendido), de donde salen con euforia pacífica. Lo que en el Zen se describe como volver al estado primordial, antes del nacimiento, tal vez la fuente de la regeneración.

No mencionaré los conocidos beneficios colaterales como el auto-control y el auto conocimiento “la intimidad consigo mismo” (Zen) que conducen a la tolerancia, al respeto y a la solidaridad para con los demás.

Reafirmo aquí que tenemos por fin la herramienta complementaria imprescindible que pertenece de lleno a la práctica psicomotriz.

Bibliografía

- Deshimaru, T. y Chauchard, P. (2001). *Zen y cerebro, taïse*. Editorial Kairos.
- Deshimaru, T. y Ikemi, Y. (1999). *Zen y auto-control*. Editorial Kairos.
- Deshimaru, T. (1993). *La práctica del Zen*. Editorial Kairos.
- Harding, D. (1994). *Vivir sin cabeza*.
- Melloni, X. (?) *Vers un temps de síntesi*. Editorial Fragmenta.

A este fenómeno, nuestra cultura le ha dado el nombre de “intuición” -sin lograr conocerla a través de una práctica- mientras que los budistas hablan de “pensar a través del cuerpo” e incluso de “pensar sin cabeza”.

